

**El uso y el cuidado.
El sentido de habitar en *Una casa llena de gente*
de Mariana Sánchez**

Use and care.
The meaning of inhabiting in Mariana Sánchez's
A house full of people

Wiosna Szukała

Adam Mickiewicz University, Poznań, Poland

wiosna.szukala@amu.edu.pl

<https://orcid.org/0000-0002-2754-680X>

Abstract

This article analyses how the concept of ‘everyday inhabiting’ is problematised in the novel *A house full of people* (2019) by Mariana Sánchez. The methodology is based on the philosophy of Giorgio Agamben, especially on two critical categories: use and care, identified by Camilo Boano as components of the definition of inhabiting. In addition, it incorporates Jolanta Brach-Czaina’s theoretical approach to domestic life, highlighting her concept of “everyday hustle and bustle”. The article focuses on ontological and existential considerations, exploring the ethics of daily choices in the way of inhabiting as a key element in the organisation of communal life.

Keywords: inhabiting, Mariana Sánchez, Giorgio Agamben, use, care

INTRODUCCIÓN

El propósito de este artículo es examinar la problematización del concepto de “habitar cotidiano” en la novela *Una casa llena de gente* (2019) de Mariana Sánchez. Mi estudio se centra en dos categorías críticas –el cuidado y el uso–, identificadas por Camillo Boano como componentes fundamentales de la definición de habitar. El autor de *The Ethics of a Potential Urbanism. Critical encounters between Giorgio Agamben and architecture* (2017), examina el fenómeno de habitar desde una perspectiva ontológica y ética. En su conceptualización de esta noción se refiere principalmente a las propuestas críticas de la filosofía política de Giorgio Agamben, cuya obra teórica se asienta, a su vez, en la filosofía de Martin Heidegger¹, y este es también el caso de sus reflexiones sobre la definición de habitar. Antes de pasar a la parte analítica del artículo, esbozaré sintéticamente el marco conceptual en el que defino el habitar, presentando los principales presupuestos de las teorías del habitar desarrolladas por Camillo Boano, Giorgio Agamben y Martin Heidegger.

La segunda parte del artículo la dedicaré al análisis de la representación literaria del habitar, centrándome más que nada en las categorías de cuidado y uso que forman parte de su definición. Según mi hipótesis, la obra de Mariana Sánchez constituye una problematización literaria del habitar cotidiano. *Una casa llena de gente* se centra en la vida de los vecinos de uno de los adosados recién construidos de Buenos Aires. La novela está dividida en cinco secciones –cimientos; andamiajes; exteriores; interiores; escombros y reconstrucción –cada una de las cuales corresponde a una dimensión particular del habitar, y sus títulos, como podemos intuir, tienen, más que un significado arquitectónico, un sentido existencial.

Como señala Ana Gallego Cuiñas, una de las tendencias centrales de la narrativa argentina reciente es su giro hacia la experiencia de vida inserta en lo cotidiano (2016, p. 148). Esta característica se evidencia en las obras de Mariana Enríquez, Ariana Harwicz o Samanta Schweblin, quienes en los últimos años han asegurado un lugar destacado en el polisistema literario mundial (no obstante, también es pertinente mencionar en este contexto a otras escritoras: Marina Yuszczuk, Selva Almada, Ana Navajas, Pía Bouzas, Vera Giaconi, Alejandra Laurencich, Martina Treleani, o la protagonista de este estudio, Mariana Sánchez). La matriz de las tramas desarrolladas por las autoras mencionadas está formada por el espacio doméstico, los rituales personales, los objetos comunes, los aspectos mundanos de la existencia. Explorar la ambigüedad de lo cotidiano puede considerarse un imperativo ético, permite modificar la perspectiva de la percepción, haciendo posible adoptar una visión crítica y problematizadora sobre prácticas rutinarias, por obvias que parezcan. El estudio de la experiencia de la

¹ Según Ricardo Pinilla, autor de *Vivienda, casa, hogar. Las contribuciones de la filosofía al problema del habitar* (2005, p. 28), la propuesta crítica de Heidegger no deja de ser un punto de referencia para los estudiosos y filósofos contemporáneos que se han propuesto responder a la pregunta de qué significa para el ser humano habitar.

vida cotidiana, abundantemente representada en la narrativa argentina reciente, especialmente por autoras mujeres, permite examinar la topología de la esfera doméstica y considerar el potencial emancipatorio, anticapitalista, de las actividades diarias y los modos de ser que se desarrollan en su marco.

„Habitar” es un concepto multidimensional, que abarca una multiplicidad de perspectivas: ontológica, ética, política. En la antigua Grecia, expresado con el término *oikos*, por definición combinaba la dimensión privada con la pública; Aristóteles, por ejemplo, señala la estrecha relación entre el habitar cotidiano e íntimo de los individuos y el sistema social administrativo y jurídico (1988, p. 48). La reflexión sobre la forma de habitar y los modos de ser que se desarrollan en su marco nunca se limita a percepciones puramente arquitectónicas, estéticas, urbanísticas o antropológicas, sino que concierne a la ética de las elecciones cotidianas de la forma de vivir practicada como organización de la vida en comunidad y de sus entrelazamientos sociales y políticos.

CONCEPTO DE HABITAR: HEIDEGGER, AGAMBEN, BOANO

Desarrollar una interpretación filosófica del habitar es el objetivo del conocido tratado de Heidegger, *Construir, habitar, pensar* (1952; *Bauen Wohnen Denken*). La disertación se abre con reflexiones en torno a la naturaleza del habitar considerado en relación con el acto de construir. “En el habitar, al parecer, ingresamos ante todo por medio del construir. [...] [P]ero, ¿las habitaciones albergan ya en sí todo lo que implica un habitar?” (Heidegger, 1952, p. 2), se pregunta el autor de *Ser y Tiempo* (*Sein und Zeit*). El filósofo sostiene que, contrariamente a lo que estamos acostumbrados a suponer, no existe una relación intencional entre construir y habitar –construir como medio hacia el habitar–, sino una idéntica –“construir es habitar”–. Para demostrar esta relación, Heidegger realiza un análisis filológico del término del alto alemán antiguo *buan*, que significa al mismo tiempo precisamente “construir” y “permanecer”, “quedarse”, “demorarse”, y a continuación concluye: “Habitamos no porque hayamos construido, sino que construimos y hemos construido, en cuanto habitamos, esto es, en cuanto somos habitantes” (Heidegger, 1952, p. 3).

El estudio etimológico que emprende Heidegger le permite averiguar hasta qué punto la idea de habitar está inscrita en el núcleo mismo del ser humano. El filósofo presenta, entre otras cosas, una afinidad entre el verbo *bauen* (construir, habitar) y la forma *bin* del verbo *sein* (ser), que se encuentra en la variación *ich bin* (yo soy), *du bist* (tú eres), que le lleva a la siguiente conclusión: “El modo como tú eres y yo soy, la manera según la cual son los hombres sobre la Tierra, es el *Buan*, el habitar. Ser hombre quiere decir: ser como mortal sobre la Tierra; quiere decir: habitar” (Heidegger, 1952, p. 2). Esta constatación no concluye la exégesis de Heidegger. La palabra *bauen*, que permite suponer que se es en la medida en que se habita, significa al mismo tiem-

po, como convence el filósofo, “cuidar y cultivar”; funcionaba, por ejemplo, en las expresiones “cuidar un campo” (*den Acker [be-] bauen*) o “cultivar las viñas” (*Reben [an-] bauen*). Como consecuencia de esta afirmación, el autor distingue dos modos de construcción distintos que conforman el sentido de morar: uno implica proteger, cuidar, atender (latín *colere, cultura*), el otro erigir, producir (latín *aedificare*).

Según Heidegger, aunque podemos considerar el habitar como una dimensión fundamental del ser humano, su significado original, incrustado en las capas del lenguaje, se ha ido perdiendo en la experiencia de la vida cotidiana y ha caído en el olvido. El habitar, especialmente la construcción que lo constituye, entendida como erección y producción, debe entretanto, como él señala, realizarse con deliberación, ser tratado como problemático, como un acto que requiere reflexión. Para el autor, es precisamente el pensamiento, junto a la construcción, la segunda actividad humana indispensable para un habitar bien entendido (Heidegger, 1952, p. 11). Como subraya, la cuestión del habitar debe ser objeto de una reconsideración particularmente urgente en un “tiempo crítico”. Y aunque Heidegger tiene en mente la época de su tiempo, añade que un cierto déficit está inscrito en la naturaleza misma del habitar, ya que, como él lo expresa, las personas son por naturaleza “sin techo” y “están siempre a la búsqueda de la esencia perdida del habitar” (Heidegger, 1952, p. 11)². Esta, pues, independientemente de los tiempos que corran, es inmanentemente precaria y exige constantemente ser aprendida de nuevo.

En 2019, en el marco de unas jornadas organizadas en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Roma, Giorgio Agamben pronuncia una conferencia que alude, ya por su título –“Habitar y construir”–, al tratado del pensador alemán. El autor de *Homo sacer* argumenta contra las tesis del ensayo publicado más de medio siglo antes. Sostiene, entre otras cosas, que construir y habitar no se siguen naturalmente el uno del otro (construir no es necesariamente una afirmación de pertenencia social, una realización de la actividad de habitar) y pueden realizarse independientemente el uno del otro (un ejemplo dramático de esta separación fue la creación de los campos de concentración, que, aunque diseñados por arquitectos, no eran espacios de habitación). En la segunda parte de la conferencia, Agamben desarrolla su propia propuesta de conceptualización del habitar. También él la basa en una exégesis filológica. El verbo latino *habitare*, que dio lugar al español “habitación”, es un frecuentativo de *habeo*, que significa tener. Como sostiene el autor de *Homo sacer*, aunque tendemos a utilizar el verbo “tener”, al igual que “ser”, sin meditarlo, el significado de ambos es mucho más problemático de lo que podría parecer. Citando la obra lingüística de Émile Benveniste, autor del ensayo *Ser y tener en sus funciones lingüísticas* (1966; “Être” et “avoir” dans leurs fonctions linguistiques), Agamben explica, con numerosos ejemplos, la compleja relación entre estos verbos. Señala, entre otras cosas, que:

² Ejemplos de razones para considerar la época en la que vive como “crítica” que menciona el filósofo son: la Segunda Guerra Mundial y la destrucción provocada por ella, el repentino aumento de la población, la difícil situación de los trabajadores industriales (Heidegger, 1952, p. 11).

Nuestro verbo intensivo *habitare* no significa solamente “estar habitualmente, morar”, sino en primer lugar “tener establemente o a menudo, tener el *habitus* o la costumbre de algo”: cabe señalar la curiosa expresión, atestiguada [...] en el vocabulario monástico, *secum habitare*, habitar consigo, es decir: tener un cierto hábito de sí, un cierto modo de ser y de vivir con respecto a sí mismo, un cierto uso de sí (2019, s. p).

Agamben, al igual que Heidegger, considera el acto de habitar como una categoría ontológica. Según su definición, “habitar significa crear, conservar e intensificar hábitos y costumbres, es decir, modos de ser” (2019, s. p).

Camillo Boano inscribe las consideraciones ontológicas de Heidegger y Agamben en el contexto de la política urbanística contemporánea y su impacto en la vida cotidiana de las comunidades urbanas (especialmente las consideradas “marginales”, periféricas). En su artículo “Inhabitation as more-than-dwelling. Notes for a renewed grammar” (2020), apunta a la idea de responsabilidad ética por la comunidad, central en la conceptualización de Heidegger de la existencia humana como ser-en-el-mundo. Habitar significa conocerse a sí mismo (*habitare seculum*), pero también entrar en relación con otro que representa un modo de ser distinto del mío. Al esbozar el marco teórico del concepto de habitar propuesto, Boano se refiere, entre otras cosas, a la teoría social de Henri Lefebvre. El autor de la *Crítica de la vida cotidiana* (1947; *Critique de la vie quotidienne*) distinguía entre *habitat* y *habiter*. Mientras que *habitat* se refiere a un recinto diseñado para el desempeño de funciones vitales (comer, dormir, trabajar), *habiter* es la práctica de co-creación cotidiana del espacio social que tiene lugar fuera de los sistemas de planificación institucional. Como explica Boano (2020, p. 5), la reivindicación del “derecho a la vivienda”, aunque se plantee, por ejemplo, en el contexto del procedimiento de ciudadanía o del acceso a la vivienda social, no se refiere únicamente a la posesión de una residencia o domicilio (*habitat*). El derecho a habitar debe entenderse de forma más amplia, como la posibilidad de participar conscientemente en las prácticas de creación y gestión del espacio común de la existencia cotidiana (*habiter*). Mientras que el *habitat*, fácilmente sometido a los mecanismos de alienación, favorece la reproducción capitalista, el *habiter* activo puede constituir una forma de resistencia a la lógica individualista del libre mercado.

La inspiración más directa para la problematización del habitar desarrollada por Boano es la filosofía política de Giorgio Agamben, en particular las nociones afirmativas de “forma-de-vida”, “inoperosidad”, “cuidado” y “uso”, que se sitúan en su centro. Como resultado de la confrontación de la concepción del autor de la *Comunidad que viene* con otras reflexiones actuales sobre la ética del habitar, Boano distinguirá tres elementos fundamentales que conforman la definición del habitar; se trata de las formas de intersección de cuidar, usar e imaginar el futuro (2020, p. 16)³. A continuación,

³ La definición del habitar propuesta por Boano entrelaza las formas de: “cuidar”, “reparar” e “imaginar el futuro”. El presente artículo enfoca los dos primeros componentes. No obstante, en lugar de la noción de “reparación”, empleamos el concepto de “uso”. Boano subraya la clara relación entre ambas

el artículo se dedicará al análisis de la representación literaria de dos componentes de la definición de habitar propuesta por Boano: el cuidar y el uso.

HABITAR EN *UNA CASA LLENA DE GENTE*

CUIDAR

La narración retrospectiva de *Una casa llena de gente* se abre con el relato del momento previo al traslado a una nueva casa y los preparativos para la misma. El edificio al que están a punto de mudarse los protagonistas –la familia Almeida– está en construcción, en su fase final, prolongada. La narradora, Charo, entonces una niña de ocho años, recuerda la intensa dedicación de su madre, Leila, a las obras de acabado de su futuro hogar:

Mamá se vio obligada a pelearse con una horda de señores en mameluco [...]. Los albañiles trabajaban con esa urgencia característica de las obras que se atrasan y no van cerrando bien, con zonas inconclusas, desatendidas, donde conviene no examinar en detalle. –¡Como se debe! ¡Quiero que me entreguen la casa como corresponde! –les pedía enardecida [...] (Sández, 2022, p. 11).

En la novela de Sández, la vigilancia, el esmero, el cuidado son dominio de los personajes femeninos. La meticulosidad de la madre contrasta con la actitud retraída del padre, que deliberadamente no participa en las negociaciones con los encargados de la reforma ni en su supervisión, por considerar a su mujer como más apta para asumir esta función, para la que ha sido preparada por una especialista en la materia, su madre. La abuela de la narradora se refiere con desprecio al anterior piso de su hija como una “caja de zapatos” (debido a las reducidas dimensiones del apartamento, los propietarios practicaban formas alternativas de organización del espacio, por ejemplo, guardando el exceso de libros en la bañera). En el nuevo apartamento, valora la cómoda amplitud adecuada al estatus social de los inquilinos, su estado de novedad que implica limpieza “de pegajosas humanidades anteriores” (Sández, 2022, p. 36), abstracción del pasado acumulador; también llama la atención sobre el potencial de la inversión inmobiliaria. Ofrece a los dueños de la casa numerosos consejos sobre cómo amueblar el interior, por ejemplo, insiste en la compra de un sofá adecuado, un atributo necesario para el *living* o recomienda la contratación de un servicio doméstico cualificado que limpie con regularidad y coloque los artículos de uso diario en sus lugares asignados.

categorías (2020, p. 18), dedicando al mismo tiempo una parte considerable de su obra al estudio del “uso” conceptualizado por Agamben; véase Boano (2015, 2020).

Las protagonistas de *Una casa llena de gente* otorgan importancia a la forma de habitar, asegurándose de que se realice “como es debido”, de que las cosas se hagan “bien”, “como corresponde”. Esta actitud se atribuye principalmente a las figuras maternas. Leila se siente obligada a supervisar la reforma, y es su madre quien la incita a mudarse. El cuidado por la forma de habitar se presenta como una actividad más bien agobiante, una práctica opresiva, incómoda y limitadora, percibida como un deber derivado de las expectativas sociales. Aunque al principio Leila evita seguir las normas establecidas, al final termina implicándose y enredándose en su cumplimiento. Mantener las costumbres establecidas adquiere significado en relación con los demás, quienes sirven como espectadores que juzgan su cumplimiento. La narradora compara repetidamente las prácticas habituales de su familia y los vecinos con una performance representada ante el público (por ejemplo, Sánchez, 2022, pp. 62, 79, 84, 87, 89).

El compromiso asumido por las protagonistas para mantener una forma apropiada de habitar se circunscribe a una dimensión que Lefebvre identifica como hábitat, relacionada con la esfera material y las estrategias de organización en la vida diaria del espacio doméstico. Este tipo de cuidado cotidiano, habitualmente devaluado, y al que no se le tiene como objeto de la ética o la filosofía, expresado en particular en tareas domésticas y de asistencia, en las que tradicionalmente se ha delegado a las mujeres, es el centro de interés de Jolanta Brach-Czaina, una filósofa de corte neo-materialista, que explora en su obra las posibilidades de una epistemología feminista centrada en formas alternativas de conocimiento, mediadas precisamente en la experiencia de lo cotidiano. El tema principal del pensamiento filosófico desarrollado por la teórica polaca es la vida diaria, compuesta de pequeñas actividades repetitivas, rituales mundanos, tareas domésticas. La filósofa, inspirada por la obra de Heidegger, considera lo cotidiano dentro de un marco ontológico, argumentando que constituye el fundamento de nuestra existencia. Una de las principales categorías críticas elaboradas por la autora de *Las grietas de la existencia* (1992, *Szczeliny istnienia*) es *krzqtactwo*, lo que puede traducirse como “ajetreo”, “faenas diarias” o el “trajín de cada día”. Este se considera la modalidad principal de la presencia cotidiana en el mundo: “Todo está destinado a tener un lugar. Lo sucio al canasto, lo limpio al armario. Un simple gesto. Repetido. A primera vista parece carecer de significado. Pero habla del involucramiento en la lucha que acompaña a la existencia⁴” (Brach-Czaina, 2006, p. 71), escribe la filósofa.

En la novela de Sánchez, las acciones de la abuela, que se centran obsesivamente en poner las cosas en orden y situarlas en sus lugares correspondientes se podrían percibir como una expresión de mezquindad burguesa, emergente de la necesidad de construir un hábitat acorde con las expectativas sociales. Sin embargo, estas acciones podrían considerarse como una manifestación de lo que Brach-Czaina conceptualiza como una “vida ajetreada”. Esta noción se refiere a la consecuencia de la necesidad interna de domesticar el caos inherente a la existencia, sugiriendo así una motivación

⁴ Traducción propia.

más profunda que trasciende las simples convenciones sociales. La abuela observa con rigurosidad la presencia de objetos fuera de lugar:

El agujero en la punta de la media, la suela del zapato que había empezado a despegarse de un borde, el hilo que colgaba de la axila en una remera nueva, los bigotes de chocolate o el jugo de naranja tiñendo la piel, el charquito de agua dejado por una botella que había perdido frío sobre la mesa, [...] las huellas dactilares en la ventana, la salpicadura de dentífrico en el espejo del baño, el dije de una cadenita colgando al revés, la cartera abierta o apoyada sobre el piso atrayendo la mala suerte, todo era captado por la mirada rapaz de Queen Granny (Sández, 2022, p. 48).

El minucioso inventario de las deficiencias domésticas, podría ser interpretado como prueba de una atención dedicada a las cosas, revelando una actitud tierna y cuidadosa hacia su entorno. Esta atención minuciosa podría sugerir una conexión emocional con los objetos y un deseo de preservar el orden como una forma de cariño y respeto hacia el espacio que se habita. Así, la aparente rigidez de sus acciones podría ser matizada por una motivación subyacente de protección y afecto hacia el entorno doméstico.

No obstante las motivaciones que impulsen a las protagonistas a estructurar un entorno doméstico que sea privado, seguro y ordenado, la narrativa de Sández revela que la vida cotidiana se expande de manera imperceptible más allá de los límites claramente definidos del hábitat. Constantemente, esta expansión teje una red de interacciones mutuas con el entorno exterior y con los demás. De este modo, la preocupación inicial por la dimensión material del hábitat se transforma inevitablemente en un compromiso con el aspecto social, colectivo y relacional del habitar, el *habiter*. Esta última dimensión será el foco de atención en la siguiente sección del artículo.

En *Una casa llena de gente*, las relaciones establecidas en el habitar cotidiano, no son evidentes, sencillas, sino que parecen problemáticas, suceden de pasada, incluso en contra de la propia voluntad, aunque uno preferiría evitarlas. Al mismo tiempo, su desarrollo gradual constituye el eje temático de la novela. Leila entabla una inesperada amistad con su vecina, Gloria. El edificio recientemente construido resulta ser estructuralmente defectuoso y, como explica la narradora, los sonidos cotidianos de la vida de los vecinos se oyen claramente, en contra de la voluntad de sus ocupantes, tras el muro de los departamentos. Gloria y su marido discuten constantemente y, con sus resentimientos expresados violentamente, avergüenzan a la familia Almeida. Nada parece unirles a sus vecinos, de un estilo de vida diferente (nuevos ricos pretenciosos, con ropa de diseño, joyas ostentosas, propietarios de un coche de lujo, alejados del interés por la literatura que es el principal atributo identitario de los padres de la narradora). El encuentro entre las mujeres es propiciado por sus hijas. Contra las inhibiciones y prejuicios de los adultos, con la franqueza propia de los niños, las compañeras establecen contacto y comienzan a visitarse, pasando cada vez más tiempo jugando juntas.

Poco a poco, también disminuye la distancia entre Leila y Gloria, espontáneamente creando y naturalmente expandiendo una red de hábitos practicados en común, impregnados de preocupación y cuidado mutuos, que abarcan diversos aspectos de la vida diaria. Las mujeres intercambian experiencias sobre la crianza de sus hijas, comparten las recetas culinarias favoritas, recomiendan especialistas de confianza o se prestan libros entre ellas. Sobre todo, conversan, entregándose por completo a esta actividad desinteresada, inoperativa, desprovista de cualquier finalidad pragmática. La narradora describe este momento como un tiempo “atemporal” y un lugar sin límites: “Podían pasar horas, décadas, centurias, sumidas en ese no tiempo-no lugar creado por la intimidad, una especie de ambiente amniótico ideal, de limbo sin paredes ni tabiques ni ventanas mediando entre el interior de una y otra” (Sánchez, 2022, p. 177). La interacción entre las protagonistas se describe metafóricamente como “sin paredes” que, en principio, cierran el espacio, separan los hábitats individuales y crean un sentido de seguridad individual, pero también de aislamiento y separación del entorno. Al mismo tiempo, la narradora observa que la forma habitual de ser de su madre cambia cuando esta se encuentra en compañía de su vecina:

[...] mamá, la introvertida, la apática, con Gloria cerca, se erizara como una planta cuando la riegan, soltaba una especie de luminosidad que no había notado en otras circunstancias. Con la vecina hablaba mucho, en exceso para su estilo, escuchaba con atención, se interesaba por la privacidad de esa persona que no éramos ni yo, ni mis hermanos, ni mi papá (Sánchez, 2022, p. 177).

Esta forma de representar la personalidad como algo maleable, que puede modificarse en las interacciones y relaciones, resuena con la ética postulada por el nuevo materialismo, según el cual el sujeto no es “una entidad autónoma establecida de una vez por todas, sino que se define como un componente de procesos y transformaciones complejas que se perpetúan mediante una secuencia de transformaciones activas y continuas” (Szopa, 2013, p. 142). Es el “devenir” (*becoming*) y no el “ser” (*being*) el que define la naturaleza de la subjetividad, la cual es irreductiblemente un resultado de las relaciones sociales⁵.

Agamben sostiene la idea de que habitar implica la creación, práctica y preservación de hábitos, así como el desarrollo de modos de ser. En la novela de Sánchez, estas dinámicas se delinear y ajustan claramente en las interacciones y relaciones cotidia-

⁵ Más sobre el concepto de “devenir” en el nuevo materialismo, véase Rosi Braidotti, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir* (2002) o *Los sujetos nómadas: cuerpo, género y diferencia en la era transnacional* (2011). La obra de Braidotti, la autora del término “nuevo materialismo”, es una exploración vital y perspicaz sobre la naturaleza fluida y cambiante de la identidad en el contexto de la globalización. El concepto de “devenir”, central en su análisis, es abordado desde una perspectiva feminista y postestructuralista, desafiando las nociones tradicionales de sujeto y ofreciendo nuevas formas de entender la subjetividad en un mundo en constante transformación.

nas. Aunque *Una casa llena de gente* no explora exhaustivamente las complejidades de las clases sociales en la Argentina actual, como se evidencia, por ejemplo, en la representación simplificada de los albañiles que participan en la construcción del edificio de viviendas, retratados simplemente como “una horda de señores en mameluco” (Sández, 2022, p. 11), cabe señalar que, según destaca la narradora, las protagonistas trascienden los confines de su círculo íntimo de amigos o familiares, participando activamente en el proceso de habitar con vecinos que encarnan un modo de ser y una forma de vida notoriamente distintos a los suyos.

USAR

La relacionalidad que se produce en el habitar no sólo concierne a las protagonistas. La novela de Sández abunda en descripciones evocadoras de la cotidianidad de la vida en el edificio y de las formas específicas de ser de sus habitantes. Las prácticas comunitarias tienen lugar principalmente en el jardín adyacente al edificio. Al principio, este espacio descuidado no se utiliza. La narradora observa cómo los vecinos meten sus pertenencias en el coche los fines de semana soleados, para ir a sus propiedades privadas de veraneo, sin plantearse la posibilidad de utilizar el espacio común. Leila se compromete con la “reparación”, con el cuidado del jardín que no interesa a los demás: “A los vecinos no les importaba en lo más mínimo lo que pasaba entre los muros del fondo, ni de estética ni de cuidados” (Sández, 2022, p. 134). La narradora explica que esta actitud no concordaba con el temperamento de su madre, que nunca antes había mostrado interés por la naturaleza y más bien evitaba tener contacto con ella. Preocupada por la traducción y la escritura, que llenaban sus días enteros, consideraba irrelevantes las prácticas que se desviaban de estas actividades: “Si la conocías, la veías calculando, como en un vaso medidor mental, cuánto de ese tiempo equivalía a gramos de lectura o centilitros de escritura [...]. Parecía alguien que no deja de escuchar ni por un segundo el tic-tic tic-tic de una bomba” (Sández, 2022, p. 67). Ajeno a intereses y compromisos profesionales, el trabajo en el huerto, en este sentido, por tanto, una actividad no operativa, inoperante⁶, no orientada a la productividad o al beneficio profesional medible (por “gramos de lectura” o “mililitros de escritura”), aporta inesperadamente a la protagonista satisfacción, alegría ordinaria, placer: “es tal vez mi primer recuerdo claro de haber visto a mamá gozar de una forma desenfundada,

⁶ Aunque el trabajo realizado en el jardín, que para la protagonista está tratado como un descanso de la labor profesional, implica el cultivo de plantas, es una actividad que se disfruta por sí misma, una práctica que se realiza por el simple placer de crear y cuidar un espacio verde, desprovista de cualquier motivación económica o utilitaria. En este sentido, podemos relacionar este tipo de labor con el concepto de “inoperosidad” propuesto por Giorgio Agamben, quien sugiere que la verdadera actividad humana se encuentra más allá de las lógicas de productividad y utilidad, y radica en la capacidad de experimentar y contemplar el mundo de manera desinteresada.

alegre, aparte de gastar plata con una despreocupación nada habitual en ella” (Sáñez, 2022, p. 98), recuerda Charo.

Pronto comienzan a aparecer individualmente vecinos en el jardín, y con el tiempo, su uso común es compartido por todos los habitantes de la vecindad. Al principio desconfiados unos de otros, distantes, marcando los límites de su propia intimidad, entran inevitablemente en contacto, establecen y fortalecen relaciones y, finalmente, construyen un sólido repertorio de costumbres colectivas:

Las primeras veces cada familia armaba su propia mesa o su rincón sobre el césped y mantenía en reserva un picnic individual. Llevábamos nuestras sillas o reposeras de playa que dejábamos en un armario-depósito, hasta que se mezclaron y ya no se supo cuál era de quién, o no importaba. Resultaba imposible no construir cierto tipo de cercanía si compartías la parrilla para el asado, el carbón o la leña, la sal parhitera o el hielo que alguno se había olvidado [...], se producía un ida y vuelta de favores y comentarios, primero superficiales, [...] pero quizá, con suerte, algo conseguía despertar el interés mutuo, hasta que se creó una corriente de familiaridad que se fue prolongando al mate de la tarde con facturas o tortas caseras. Algún día se arrimaron las mesas. Cada uno llevaba sus cortes de carne, ensaladas, bebidas y postres personales, pero a la hora de instalarse todo se iba extendiendo hacia una única comida colectiva, desordenada y desprendida en la comunidad (Sáñez, 2022, p. 143).

La descripción del uso compartido del jardín practicado por los inquilinos de la vivienda resuena con la categoría de uso conceptualizada por Agamben⁷, que Boano utiliza para estudiar las prácticas contemporáneas de alojamiento informal⁸. La comprensión del uso que propone el autor de *La comunidad que viene* trasciende el sentido utilitario que se le suele dar. En el curso de su análisis filológico, Agamben demuestra que el concepto carecía originalmente de las connotaciones de finalidad que se le atribuyeron en su evolución semántica posterior, alterando su significado original presente en el término griego *chresthai* (usar) (Agamben, 2017, p. 64). A raíz de su exégesis, el filósofo propone una definición del “uso” como: “el paso del común al propio y de lo propio a lo común” (Boano, 2015, p. 16).

Siguiendo la perspectiva de Agamben, el concepto de uso se sitúa en el umbral entre el *oikos* y la *polis*. Un ejemplo ilustrativo de este espacio ambiguo podría ser el jardín utilizado por los residentes de *Una casa llena de gente*, que constituye un área

⁷ Más sobre la categoría de uso en Agamben, véase Agamben (2011 y 2017).

⁸ El jardín que comparten los residentes hace pensar en las huertas comunitarias, que pueden ser conceptualizadas como prácticas de economía alternativa en el contexto del Antropoceno. Más al respecto, véase: de Maristella Svampa, *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo* (2005). La socióloga argentina analiza críticamente los impactos sociales y ambientales del modelo extractivista y propone alternativas desde la perspectiva de los movimientos sociales y las prácticas de resistencia, incluyendo formas de agricultura urbana como estrategias para construir economías más sostenibles y justas.

límitrofe, semipública al encontrarse fuera del ámbito íntimo de la casa, y semiprivada al destinarse al descanso del trabajo profesional, ubicado dentro de un edificio residencial y, por ende, separado del espacio exterior de la calle. Como señala Boano, que se refiere a la dimensión práctica del acto de uso, este puede expresarse en la “reutilización” de un espacio o edificio, mediante prácticas arquitectónicas, residenciales o urbanas alternativas, restaurando –o reinventando– su función y uso, por tanto, su accesibilidad y disponibilidad (Boano cita los debates actuales sobre el uso de edificios vacíos). “¿Cómo restaurar el uso libre?”, se pregunta el investigador y propone: “haciéndolo inoperativo o reemplazando su antiguo uso práctico (o función) con un nuevo uso: un uso puro, sin finalidad” (Boano, 2015, p. 15).

Agamben destaca dos ejemplos emblemáticos de la actividad humana basada en el uso inoperativo: el juego infantil y la creatividad artística (Agamben, 2007, p. 211). Estas prácticas escapan a las limitaciones convencionales y utilitarias, configurando casos paradigmáticos de inoperosidad que desafían la lógica de producción y acumulación capitalista. Ambas actividades mencionadas en este contexto por el filósofo encuentran ilustración en la novela de Sández. Charo evoca cómo solía dar un uso alternativo a los desperdicios, transformando objetos aparentemente inútiles en juguetes; por ejemplo, convertía cepillos de dientes usados en muñecos. Este acto refleja la esencia inoperante del juego infantil, donde la utilidad convencional cede ante la creatividad y la reinterpretación de la función de un objeto. Por otro lado, la madre de Charo, Leila, quien es escritora, realiza una actividad artística que permanece en la esfera privada, nunca llegando a ser compartida públicamente. Este hecho convierte su creatividad literaria en una manifestación puramente inoperante, desligada de los imperativos de producción y visibilidad propios del paradigma capitalista.

Agamben concede especial atención a la noción de uso en su obra *Altísima pobreza. Reglas monásticas y forma de vida* (2011; *Altissima povertà. Regole monastiche e forma di vita*), donde analiza las formas de organización de la vida comunitaria dentro de la orden franciscana. En este contexto, resalta la renuncia total a las posesiones y la práctica del uso comunitario de los bienes. Agamben destaca la importancia del concepto de uso al considerarlo en su dimensión tanto política como ontológica, definiendo así la relación del individuo con el mundo. El filósofo sostiene que, en contraposición a la inclinación de considerar la vida como un constante servicio y alabanza a Dios, presente en otras órdenes, los franciscanos abrazaban más bien el ideal de un uso gozoso de uno mismo y del mundo. Según su descripción, la comunidad franciscana no se regía principalmente por normas externas o leyes formales; en cambio, las pautas de comportamiento, las costumbres y el ethos emergían de la vida cotidiana y las interacciones diarias dentro de la comunidad (Ratajczak, 2013, s. p).

Profundizando en esta perspectiva, Agamben sostiene que el uso de uno mismo, involucrado en las prácticas inoperativas, alcanza su plenitud como actividad relacional. El sujeto, en este contexto, se configura como un uso inoperante, incorporando la utilización de sí mismo para el mundo, llevada a cabo en relación con los demás.

Este enfoque resalta la interconexión fundamental entre la inoperosidad individual y la dimensión relacional, donde la acción se define no solo por su falta de funcionalidad convencional, sino también por la manera en que contribuye y se relaciona con el entorno social. En la parte final de *Homo sacer: El uso de los cuerpos* (Agamben, 2014), en el capítulo titulado “El uso y el cuidado”, el filósofo presenta el vínculo inextricable entre estas categorías, ya problematizado anteriormente por Heidegger, dedicando especial atención a su dimensión relacional.

La interpretación agambiana de la relación entre el uso y el cuidado en el habitar cotidiano puede leerse en la novela de la escritora argentina. Los habitantes no solo llevan a cabo el intercambio de diversos objetos o hacen uso compartido de equipos comunes, sino también se prestan desinteresadamente servicios unos a otros en función de las competencias derivadas de sus profesiones: el padre de la narradora, psicoterapeuta, está dispuesto a dar consejos psicológicos “fuera de horario”, un vecino dueño del restaurante prepara la comida para una cena compartida, una vecina que domina el tarot lee a los interesados las cartas. En algunos casos, los servicios ofrecidos van más allá de las profesiones diarias, como el gesto de Gloria, quien, después de cortar el cabello de su hija, se ofrece a ocuparse del peinado de Charo. El intercambio de servicios y objetos tiene lugar aquí fuera de la lógica mercantil, no es de naturaleza comercial, sirve sobre todo para organizar la “buena vida” de la comunidad. En este contexto, el acto de compartir y brindar servicios se convierte en una expresión práctica de la solidaridad y el cuidado mutuo.

CONCLUSIONES

El objetivo de este artículo era analizar la representación literaria de los dos componentes de la definición de habitar identificados por Camillo Boano: el cuidado y el uso. La primera parte del artículo proporcionó un esbozo teórico que enmarcó conceptualmente la comprensión del acto de habitar y nos permitió extraer herramientas metodológicas que luego se aplicaron al análisis literario. La perspectiva teórica más importante que sustentó la metodología del estudio aquí presentado fueron las propuestas críticas de Giorgio Agamben, especialmente su reflexión sobre la correlación de las categorías de uso y cuidado, vehiculada por el acto cotidiano de habitar. La perspectiva crítica de Giorgio Agamben, partiendo de la filosofía de Heidegger, hace especial hincapié en el carácter relacional del habitar. Como ha demostrado el análisis, así se presenta también en el texto literario que ha sido objeto de nuestro estudio.

La categoría de cuidado aplicada en la lectura del significado de habitar en la novela de Sáñez concernía a los modos de ser de las protagonistas femeninas. Las mujeres concedían importancia a la forma adecuada de habitar, se esforzaban, muchas veces a través de su preocupación por cuestiones mundanas, para que funcionara de una manera determinada. Los esfuerzos cotidianos de los personajes femeninos por

conseguir el buen funcionamiento del espacio doméstico, examinados desde la perspectiva de la filosofía de Brach-Czaina, permitió leer esta actitud no solo como una manifestación del cuidado del hábitat influenciado por las expectativas sociales, sino también someterla a reflexión en clave existencial, como una forma ontológica de la condición humana, “condenada al trajín cotidiano”. La preocupación por las manifestaciones materiales de la existencia cotidiana transitaba fluidamente hacia un compromiso con la dimensión relacional, comunitaria del habitar. Esta última, de forma un tanto inesperada para las propias protagonistas, resultaba ser un aspecto ineludible del acto de habitar. El estudio de su representación en la novela de Sández ha llevado a la conclusión de que el habitar, en la novela, es relacional.

La categoría de uso, conceptualizada por Giorgio Agamben, permitió observar el carácter no utilitario, inoperativo, presentado en la autora argentina, de las prácticas cotidianas del habitar y llamar la atención sobre su potencial emancipatorio, abstraído de la lógica capitalista de la multiplicación del beneficio económicamente entendido; por ejemplo, los servicios que se prestan los vecinos entre sí fuera del condicionamiento del mercado o el uso del espacio común del jardín.

Agamben argumentaba en el transcurso de su exégesis que el habitar implica la creación, conservación e intensificación de hábitos y costumbres, es decir, modos de ser. El análisis del significado del habitar en *Una casa llena de gente* reveló que este proceso relacional va más allá de simplemente conservar las costumbres; implica trascender formas habituales de ser, las cuales se modifican y transforman mediante la interacción con otros, como, por ejemplo, los vecinos. La noción de construir, que Heidegger consideraba un derivado del habitar, se expresa en el texto literario estudiado a través del establecimiento y la expansión de redes de relaciones. Estas se consolidan mediante actos de uso no utilitarios y hábitos inoperativos practicados de manera colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2007 [1978]). *Infancia e historia*. Trad. S. Mattoni. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2013 [2011]). *Altísima pobreza. Reglas monásticas y formas de vida. Homo sacer IV, 1*. Trad. F. Costa & M. D'Meza. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2017 [2014]). *El uso de los cuerpos: Homo sacer, IV, 2*. Trad. C. Palma. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2019). Habitar y construir. *Anuario de Glotopolítica*. 27.09. <https://glotopolitica.com/2019/09/27/giorgio-agamben-habitar-y-construir/>.
- Aristóteles (1988). *Política*. Trad. M. García. Madrid: Editorial Gredos.
- Boano, C. (2015). Un nuevo uso de la arquitectura: El potencial político del uso común de Agamben. *ARQ*, 91, 14-25. <https://doi.org/10.4067/S0717-69962015000300003>.
- Boano, C. (2017). *The Ethics of a Potential Urbanism. Critical encounters between Giorgio Agamben and architecture*. London & New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315542218>.
- Boano, C. (2020). Inhabitation as more-than-dwelling. Notes for a renewed grammar. *International Journal of Housing Policy* 20 (3), 1-23. <https://doi.org/10.1080/19491247.2020.1759486>.
- Brach-Czaina, J. (2006). *Szczeliny istnienia*. Warszawa: EFKa.
- Gallego Cuiñas, A. (2016). La novísima novela argentina del siglo XXI: lenguaje y vida. *Romance Notes* 56 (1), 143-154. <https://doi.org/10.1353/rmc.2016.0017>.
- Heidegger, M. (1952). *Construir, habitar, pensar*. <https://es.scribd.com/doc/250429660/Construir-Habitar-Pensar-Heidegger>.
- Ratajczak, M. (2013). Szczęśliwi ubodzy w język – do nich należy bogactwo tego świata. *Praktyka Teoretyczna*. 23.09. <https://www.praktykateoretyczna.pl/artykuly/mikoaj-ratajczak-szczesliwi-ubodzy-w-jezyk-do-nich-nalezy-bogactwo-tego-swiata/>.
- Sánchez, M. (2022). *Una casa llena de gente*. Madrid: Impedimenta.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Szopa, K. (2013). Dermografie: poetyka relacji. Wokół związków materii i języka w poezji Joanny Mueller. *Praktyka Teoretyczna* 4 (10), 137-160. <https://doi.org/10.14746/prt.2013.4.7>.

